

INÉDITO



Mamá
no me
deja
contarlo

CATHY GLASS

Harper Bolsillo

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Dirijase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por HarperCollins Ibérica, S.A.

Núñez de Balboa, 56

28001 Madrid

Mamá no me deja contarlo

Título original: Mummy Told Me Not To Tell

© 2010, Cathy Glass

© 2019, para esta edición HarperCollins Ibérica, S.A.

© De la traducción del inglés, Sonia Figueroa Martín

Publicado por HarperCollins Publishers Limited, UK.

Todos los derechos están reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato o soporte.

Esta edición ha sido publicada con autorización de HarperCollins Publishers Limited, UK.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos comerciales, hechos o situaciones son pura coincidencia.

Imagen de cubierta: Dreamstime.com

ISBN: 978-84-17216-48-1

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Créditos](#)

[Prólogo](#)

[1. Respiro](#)

[2. Un nuevo récord](#)

[3. Sharky](#)

[4. Aprendiendo a ir al baño](#)

[5. Cuidar de forma más segura](#)

[6. Los niños de acogida](#)

[7. Caos](#)

[8. El cole](#)

[9. Empiezo a perder la paciencia](#)

[10. Hay que ir al despacho del director](#)

[11. Un comienzo incierto](#)

[12. Una visión más amplia de la familia](#)

[13. Un día de «mal hecho»](#)

[14. Una escapada a la playa](#)

[15. Apartado de los demás](#)

[16. Un debate acalorado](#)

[17. Un oscuro nubarrón](#)

[18. Ciclo de abuso](#)

[19. Una familia normal](#)

[20. Una familia definitiva](#)

[21. Es triste decir adiós](#)

[Epílogo](#)

PRÓLOGO

—¿Va a quedarse en tu casa? —vociferó ella—. ¡Eso espero, no voy a dejar que vuelvan a trasladarlo! ¡Esto es una vergüenza! ¡Vaya panda de capullos!

—No, no van a volver a trasladarlo —le aseguré yo. Bajé la mirada hacia Reece, que estaba tironeándome del brazo y siseando con fuerza—. Quédate quieto, buen chico.

—¡Que hagas caso, joder! —gritó ella, antes de propinarle un guantazo en la cabeza que en esa ocasión sí que logró alcanzar su objetivo.

Y ese fue el primer encuentro que tuve con Tracey, la madre de Reece.

Ciertos detalles, incluyendo nombres, lugares y fechas, se han cambiado para proteger a los niños que aparecen en este relato.

1

RESPIRO

Mi familia y yo habíamos pasado por un momento profundamente emotivo al despedirnos a finales de octubre de Tayo (el niño al que tuvimos en acogida previamente y cuya historia narré en un libro anterior) y, teniendo en cuenta lo mucho que nos habíamos encariñado con él, me pareció buena idea actuar como cuidadora de respiro en vez de iniciar de inmediato otro acogimiento a largo plazo.

En el ámbito del acogimiento familiar, ser una cuidadora «de respiro» significa suplir a otra en el cuidado de uno o varios niños de acogida mientras dicha cuidadora se toma el descanso que necesita con urgencia. El acogimiento de respiro no conlleva el mismo desgaste emocional ni las complicaciones que acarrear tanto el de corto como el de largo plazo: el niño (o niños) llega limpio y bien alimentado con todo cuanto necesita para su estancia, y tiene la seguridad de saber que regresará junto a su cuidador permanente después de ese paréntesis. Hay cuidadores que se limitan a hacer acogimiento de respiro y van recibiendo en su casa un flujo constante de niños. Cuidan al menor exactamente igual que si se tratara de un niño de acogida como cualquier otro, pero, en lo que a todos concierne, la estancia de dicho menor con la cuidadora o el cuidador en cuestión se considera unas cortas vacaciones, así que el cuidador sabe que no puede involucrarse demasiado emocionalmente. Por eso se dice que el acogimiento de respiro es

«más fácil». Yo, por mi parte, siempre estoy dispuesta a ofrecer respiro si no tengo a ningún niño en acogida, pero prefiero la dedicación y el compromiso que conllevan las estancias más largas y la satisfacción de saber que he ayudado en alguna medida a un niño en la difícil senda de la vida (eso espero, al menos).

Cuando Tayo se fue, antes de embarcarnos en el acogimiento de respiro nos tomamos una semana de descanso en la que no hubo ningún niño de acogida en casa. Eso me permitió limpiar a fondo la habitación y airearla, y nos dio tanto a mi familia (Adrian, Paula y Lucy) como a mí la oportunidad de asimilar la partida de Tayo. A pesar de que las circunstancias en las que se había marchado habían sido las mejores posibles, en la familia quedaba una tristeza, un vacío, que tardaría algo de tiempo en ir menguando; de hecho, lo más probable era que tan solo empezara a desvanecerse con la llegada del siguiente niño. Hay cuidadores que inician de inmediato otro proceso de acogida por ese preciso motivo.

La primera que llegó a casa en régimen de acogimiento de respiro a principios de noviembre fue Jemma, una niña de cinco años que llevaba seis meses con su familia de acogida y que se quedó una semana con nosotros. Tenía trastornos de desarrollo y las necesidades de una niña de tres años. Paula y Lucy, mis hijas de dieciséis y diecinueve años respectivamente, estaban más que dispuestas a ayudar con aquella chiquitina y prácticamente me quitaban toda la faena de las manos al llegar del instituto por la tarde, pero, consciente de que Paula tenía que documentarse y redactar un extenso trabajo para una de sus clases de preparación para la universidad, di gracias a que Jemma no fuera a quedarse por más tiempo, ya que por las tardes parecía haber muy poco tiempo para estudiar y mucho para jugar con las Barbies. Y, aunque no me cabe duda de que Jemma lo pasó bien durante esa semana de actividades constantes con mis hijas, se alegró visiblemente cuando sus cuidadores permanentes regresaron de las vacaciones que se habían tomado y fueron a buscarla.

Tres días después de que Jemma se marchara me pidieron que acogiera durante dos semanas a Daisy, una joven de quince años. No suelo acoger a adolescentes (¡ya tengo bastante con los tres que tengo!) y, por regla general, se considera que se logra un mejor equilibrio familiar si el niño o niños en acogida no tienen la misma edad que los que ya forman parte de la familia, ya que es menos probable que surjan rivalidades entre ellos y se pueden atender mejor las necesidades del niño en acogida. Pero en este caso se trataba de una estancia de tan solo dos semanas, y también estaba el hecho de que a Daisy se la consideraba una joven «un poco difícil de manejar» y eso dificultaría el poder encontrarle cuidadores de respiro; además, pensé que como ella pasaría la jornada en la escuela y no tendría que dedicarle el alto nivel de cuidados que requiere un crío más pequeño, me daría tiempo a redecorar el cuarto de baño antes de tener que empezar a pensar en las navidades.

Estaba previsto que Daisy llegara a las seis de la tarde con Kriss, su cuidadora, pero para cuando hizo acto de aparición ya eran las nueve y media porque no había llegado a su casa hasta las nueve. Era obvio que Kriss estaba muy estresada cuando entró con Daisy y con la maleta de esta en el recibidor, no dejaba de disculparse por la tardanza, pero yo le dije que no se preocupara, que no nos había causado ninguna molestia (la flexibilidad y la adaptabilidad son esenciales cuando tienes niños en acogida). Le aseguré que íbamos a cuidar muy bien de Daisy, una joven delgada y atractiva de pelo largo a la que saltaba a la vista que le gustaba vestir a la moda y que dejaba claro que no estaba conforme con tener que quedarse conmigo. Yo ya sabía por Jill, mi coordinadora de la agencia de adopción Homefinders, que Kriss iba a pasar dos semanas de vacaciones en España con una amiga y le habían ofrecido a Daisy que las acompañara, pero ella se había negado a ir porque no quería separarse de su novio.

—No entiendo por qué no podía quedarme en casa —refunfuñó la joven mientras Kriss intentaba despedirse.

—Sabes por qué no puede ser, cielo. Tienes quince años —contestó Kriss, que cada vez parecía estar más estresada—. Dame un abrazo, tengo que irme ya. Mi vuelo sale dentro de tres horas. —Se volvió a mirarme—. Vete tú a saber cómo me las habría arreglado si Daisy hubiese llegado más tarde aún.

Yo le reiteré que todo iba a ir bien y le dije que se fuera, y ella se volvió hacia Daisy para despedirse.

—Adiós, corazón.

—Adiós —masculló la joven sin mirarla mientras rechazaba su abrazo.

—Adiós, ¡disfruta de las vacaciones! —Cerré la puerta y me pregunté si Daisy habría llegado tan tarde a su casa para intentar evitar que Kriss se fuera—. Eres un poco joven para quedarte sola en casa —le dije sonriente—, pero estamos muy contentas de que vayas a pasar estos días con nosotras.

—¿En serio?

No se la veía demasiado convencida. Pero menos convencida aún estaba yo, porque la verdad es que su cara malhumorada era todo un poema.

—¡Sí, por supuesto! —le aseguré con una gran sonrisa—. A mis hijas les encanta tratar con chicas de su edad.

Lucy y Paula estaban en sus respectivas habitaciones, así que las llamé para que bajaran y procedí a hacer las presentaciones. Hubo por parte de todas un ataque de esa timidez tan típica de la adolescencia, sonrieron vergonzosas con la mirada gacha y apenas lograron esbozar un escueto «Hola».

—Tengo que lavarme el pelo —me dijo Daisy.

—Está bien, cielo. Pero antes vamos a subir tu maleta.

La ayudé a subir su enorme maleta escalera arriba hasta el que iba a ser su dormitorio, y entonces le mostré dónde estaba el cuarto de baño y me aseguré de que tuviera todo cuanto pudiera necesitar. Lucy y Paula, por su parte, regresaron a sus respectivas habitaciones para prepararse para acostarse (dado que ambas tenían clase al día siguiente, yo prefería que para las diez ya estuvieran en la cama).

Una hora después, Daisy aún seguía metida en el cuarto de baño y mis ligeros golpecitos iniciales en la puerta acompañados de un comedido «¿Va todo bien?» habían dado paso a golpes más insistentes y a «¡Daisy, por favor, date prisa! ¡Todas tenemos que usar el cuarto de baño!». Menos mal que Adrian estaba en la universidad y no se encontraba haciendo cola para entrar también, porque últimamente había empezado a pasar más tiempo allí metido que nosotras tres juntas.

Daisy salió por fin del cuarto de baño a las once, y yo no estaba nada contenta. Aunque tan solo iba a quedarse dos semanas con nosotras, era necesario marcarle unas normas básicas de conducta y asegurarme al mismo tiempo de que se sintiera bienvenida. Le preparé una bebida para antes de dormir (ella se decantó por un chocolate calentito) y, mientras Lucy y Paula se turnaban en el cuarto de baño, me senté con ella en los taburetes de la cocina y le expliqué con tacto y delicadeza que, aunque en casa de Kriss solo estaban ellas dos, en la mía éramos cuatro personas y todas teníamos que usar el cuarto de baño. Añadí también que entre semana quería que estuviera acostada a las nueve y media y con la luz apagada a las diez, y que a las siete y media de la mañana tenía que estar en pie y preparada para ir a tomar el autobús escolar. A ella le gustó el chocolate (se lo tomó de un tirón y me pidió otra taza), pero no mostró el mismo entusiasmo hacia la rutina que yo había establecido para ir a dormir.

—Pues vale.

Lo dijo rezongona, con esa actitud adolescente de «Te estoy oyendo, pero no estoy de acuerdo con lo que dices».

—¡Perfecto! —contesté yo con mi habitual optimismo—. Soy consciente de que en esta casa las cosas van a ser un poco distintas a lo que estás acostumbrada, pero seguro que todo va bien. Son solo dos semanas, y después estarás de vuelta con Kriss.

—Sí, vale.

Le preparé otro chocolate (que también se tomó de un tirón) y subí con ella a su habitación y le dije que quería que

se fuera directa a la cama, que ya desharía la maleta al día siguiente... pero al final resulta que no llegó a deshacer nunca la maleta en cuestión. Al día siguiente, después de asegurarme de que llevaba consigo el abono de autobús y dinero para la comida y de que se había puesto al menos alguna que otra prenda del uniforme escolar, permanecí parada en el umbral mientras la veía marcharse rumbo a la escuela.

—¡Nos vemos luego! —le dije, sin saber que no sería así.

Daisy no regresó de la escuela. Me preocupé, pero no tanto como lo habría hecho en otro caso porque sabía por Jill que ya había desaparecido en ocasiones anteriores y solía ir a casa de su novio; aun así, tenía que seguir el protocolo habitual para los casos en que un menor no llega a casa a la hora establecida, de modo que a las cinco de la tarde llamé por teléfono a la agencia de adopción para informar sobre el retraso. Jill me dijo que le diera otra hora de margen a Daisy, que pasado ese tiempo volviera a llamar, así que a las seis llamé de nuevo para avisar de que aún no había llegado. Para entonces Jill ya se había puesto en contacto con la trabajadora social que llevaba el caso de Daisy, y cuyo consejo fue que yo diera parte de la desaparición a la policía a pesar de que la joven solía aparecer en casa de su novio. Mientras Lucy y Paula se encargaban de preparar la cena llamé a la comisaría de nuestro barrio e inicié el largo proceso de presentar una denuncia por desaparición, aunque en el fondo estaba convencida de que seguramente estaba haciéndole perder tiempo a la policía. No me equivocaba.

Cinco minutos después de que colgara el teléfono y me sentara a cenar, Jill me llamó para avisarme de que Daisy había llamado a su trabajadora social para decirle que estaba con su novio en el piso de los padres de este. La trabajadora social había dado el visto bueno para que la joven se quedara allí y, aunque el tono de voz de Jill revelaba que no lo aprobaba, la decisión no estaba en sus manos. Yo no sabía lo suficiente sobre la situación de Daisy como para valorar si era una decisión acertada o no, pero lamenté tan-

to el hecho de que la joven no se sintiera capaz de quedarse en mi casa como el haberle hecho perder el tiempo a la policía.

Daisy se presentó en casa dos días después para sacar algo de ropa de la maleta, que seguía tal y como ella la había dejado en su habitación, y aunque aceptó una taza de chocolate no quiso conversar. Dos días después regresó a por otra muda y para darse una ducha; al parecer, la ducha de los padres de su novio no funcionaba.

—Kriss vuelve en una semana —le dije, al interceptarla cuando salía del cuarto de baño y se dirigía hacia la que tendría que haber sido su habitación—. Creo que sería genial que pasaras estos días aquí.

Ella se encogió de hombros y me pidió el secador y una taza de chocolate. Se los di con la esperanza de tentarla a que se quedara, pero fue en vano y supuse que ella ya había decidido desde un primer momento que no iba a quedarse con nosotras. A lo largo de la semana siguiente se presentó en casa dos veces más para llevarse más ropa, darse una ducha y, por supuesto, tomar un chocolate caliente, pero no se quedó demasiado rato en ninguna de esas ocasiones.

Tomé nota a diario de sus idas y venidas y llamé a Jill de forma periódica para ponerla al día (con cada menor que tengo en acogida, debo mantener un registro escrito y mantener informada a Jill). Ella se encargaba a su vez de mantener informada a la trabajadora social y esta no estaba excesivamente preocupada por la joven, así que Jill y yo no tuvimos más remedio que aceptar que, para bien o para mal, los servicios sociales consideraban aceptable el hecho de que Daisy, una joven de quince años, viviera con su novio y con los padres de este. Me sentía frustrada por no haber sido capaz de haber hecho bien mi trabajo, por no haber podido cuidarla.

Cuando Kriss llegó a buscar a Daisy dos semanas después de su partida, no se sorprendió al descubrir que no estaba con nosotras. Me dijo que ya se llevaba ella la maleta y que iba a pasar por casa de los padres del novio de

Daisy para recogerla, me dio las gracias por todas las molestias que me había tomado y se disculpó por el comportamiento de la joven. Yo le dije que las disculpas no eran necesarias. Ella añadió que era habitual que Daisy pasara fines de semana enteros en casa de los padres de su novio y que, tras muchas reuniones y conversaciones con la trabajadora social, se había llegado a la conclusión de que era el mejor arreglo al que podía llegarse y que así, al menos, Daisy tenía un techo bajo el que cobijarse y estaba a salvo. Ante el hecho de que se acostara con su novio y de que seguramente estuviera manteniendo relaciones sexuales siendo menor de edad (una ilegalidad, por lo tanto), la decisión que habían tomado había sido la de asegurarse de que tomara la píldora. A veces hay que ajustar las expectativas de forma drástica cuando se trata de adolescentes, y un arreglo práctico que funcione (y con el que el adolescente en cuestión esté dispuesto a cooperar) se considera una alternativa preferible a intentar imponer objetivos que no son realistas ni factibles.

Estaba ayudando a Kriss a meter la maleta en el coche, triste por no haber tenido siquiera oportunidad de despedirme de Daisy, cuando ¿a quién veo llegar paseando por la calle, tomada de la mano de su novio? Pues ni más ni menos que a la señorita Daisy en persona, que en cuanto vio a Kriss soltó la mano de su novio, echó a correr hacia ella y se lanzó a sus brazos. Era obvio lo mucho que se alegraba de verla.

—¡Te he echado de menos! —exclamó la joven.

—¡Yo también! —contestó Kriss.

Yo sonreí y le pregunté a Daisy qué tal estaba.

—Bien —contestó ella.

—Sí, todo bien —asintió el novio.

Kriss me lanzó una sonrisa estoica antes de abrirles la puerta trasera del coche para que entraran. Yo permanecí en la acera mientras los veía alejarse, despidiéndome con la mano de la menor de acogida a la que jamás llegué a acoger en mi casa.

Después de Daisy me asignaron a Sam, un niño de seis años, durante una semana. En esa ocasión no se trataba de dar un respiro a una familia de acogida, era una situación de emergencia porque su madre, una mujer soltera que no tenía familia cercana, había ido al hospital para dar a luz a su segundo hijo. Cuando Sam se fue redecoré el cuarto de baño, y entonces empezaron en serio las compras de Navidad. Sabía que no iba a tener más niños en acogida de respiro temporal hasta que pasaran las fiestas (nadie iba a pensar en tomarse unas vacaciones mientras estaba centrado en sus propios preparativos navideños), pero existía la posibilidad de que me asignaran algún caso de emergencia. Fui a buscar a Adrian a la universidad, decoramos la casa entre los cuatro y aprovechamos también para ir una noche al teatro de repertorio de nuestro barrio a ver un musical de *Cuento de Navidad*.

Jill me llamó por teléfono el 22 de diciembre, tres días antes de Navidad, y no fue solo para desearnos felices fiestas.

—Cathy, nos ha llegado una solicitud de acogida para un niño de siete años —me dijo—. Se llama Reece y pasó a estar en régimen de acogimiento hará cosa de un mes, pero no se ha aclimatado bien. Lleva una semana en casa de su familia de acogida actual y han accedido a que permanezca con ellos durante las navidades, pero siempre y cuando se establezca una fecha límite. ¿Podrías acogerlo en tu casa a principios de año?

Navidad, dulce Navidad. ¿Tan solo llevaba una semana con su nueva familia de acogida y ya había que trasladarlo de nuevo?

—Gracias, Jill, feliz Navidad para ti también.

Ella se echó a reír.

—Seguro que no es tan malo como lo pintan, igual es que es un poco movidito. Te llamaré con más detalles y la fecha exacta del traslado en cuanto tenga la información.

—De acuerdo. Que pases buenas fiestas.

—¡Tú también!

Tuve la impresión de que no hacía falta que me dieran más detalles; eso de que «no se ha aclimatado bien» y «han accedido a que permanezca con ellos durante las navidades, pero siempre y cuando se establezca una fecha límite» quería decir sin duda que Reece estaba dando muchos problemas.

2

UN NUEVO RÉCORD

Cuando Jodie, cuya historia narré en un libro anterior, vino a vivir conmigo tres años atrás, tenía en su haber una especie de récord en lo que respecta al número de familias de acogida por las que había pasado (yo era la quinta cuidadora a la que se la asignaban en cuatro meses). Los menores que han sufrido un profundo daño emocional debido a algún maltrato pueden volverse extremadamente retraídos, pero lo más habitual es que se muestren airados, desafiantes, violentos y agresivos, que ataquen a todo y a todos cuantos los rodean en un intento de descargar su dolor contra un mundo cruel y desconcertante. Aparte de lo difícil que resulta para un cuidador manejar esa clase de comportamiento, se trata de algo que asusta y que es muy duro de presenciar, algo que va agotando emocionalmente a la familia de acogida. Los cuidadores quieren hacer todo lo posible por el menor que tienen a su cargo y esperan ver alguna mejora en el comportamiento del niño, y al mismo tiempo desean proteger a su propia familia. En ocasiones, si el comportamiento del niño es extremo y está totalmente fuera de control, la situación se vuelve imposible de manejar y el cuidador en cuestión debe admitir que no puede seguir cuidando al menor. Es lo que se conoce como interrupción de la asignación y, aunque se hace todo lo posible por evitar que suceda, a veces no hay otra alternativa y hay que llevar al niño de acogida a otro cuidador.